

UC Berkeley

Lucero

Title

Función Triple

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/41r9m4cn>

Journal

Lucero, 10(1)

ISSN

1098-2892

Author

Meruane, Lina

Publication Date

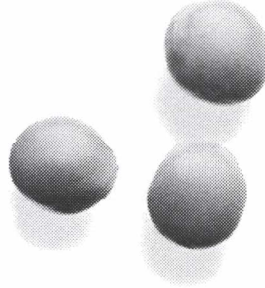
1999

Copyright Information

Copyright 1999 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Función Triple



LINA MERUANE

También publicado en
"salidas de Madre"
Editorial Planeta.

Bajo las sábanas gastadas compartimos el frío de la noche y el amanecer. Las frazadas son insuficientes para abrigar nuestras niñeces desnudas; nos apegamos formando caparazones, hundiendo las rodillas en las corvas de la otra y de la otra, nuestros ombligos se cierran sobre la columna de la siguiente, y los pechos apuntan los omóplatos. Cada pensamiento se torna promiscuo, incluso aunamos las imágenes repetitivas del sueño donde nuestra madre se acerca vestida en su traje a lunares, apretando en su puño derecho el extremo plegado de una bolsa plástica llena de agua con tres huevos blancos dentro.

Qué bonita nuestra madre, pensamos simultáneamente al despertar.

Qué bonita, con sus labios delineados y su maquillaje de actriz.

Qué bonita, y vamos bostezando la hija primera y la gemela y la trilliza, en ese orden.

Nos quedamos en silencio, acariciando su recuerdo con las manos bien abiertas sobre la piel de alguna de nosotras. Nos quedamos en silencio, como durmientes, mirando el aparato de televisión que hace años no funciona y las cintas que conservan a nuestra madre en su interior, pronunciando parlamentos de memoria que no podremos escuchar.

-¿De quién es el acto hoy?, -interpelamos en coro.

Tiramos atrás las frazadas, las sábanas. Nos estiramos sobre la cama, nuestros vellos blancos relucen sobre la piel traslúcida: "¿A quién toca hoy el acto?", decimos otra vez.

Cada una señala a las otras dos con la punta de los dedos. "Te toca a ti", sugiere como mirándose al espejo, "me toca". Reímos ante la visión siempre sorprendente de nuestro parecido. Somos una, triplicada: una con melenas albas, de cejas canas, tres con esa mirada casi incolora, delineada por el borde rosa viejo que marca el nacimiento de las pestañas.

-A quién, a quién, a quién.

Reímos en canon, nuestros movimientos se alternan: nos levantamos y dejamos caer sobre las demás, nos trenzamos en un nudo y volvemos a pararnos sólo para tomar los almohadones aureolados con nuestras salivas y arrojarlos intentando salpicar de moretones pantorrillas, muslos, brazos desnudos e indefensos.

Agotadas por el esfuerzo, sudorosas, continuamos la pesquisa mediante trucos y preguntas.

-Tú eres la gemela.

-Errada, yo salí tercera, soy la por minutos menor.

-Entonces, serás tú la primogénita.

-Sí, yo seré nuestra madre hoy.

-No, que el azar decida.

Y hacemos una ronda sobre el colchón, nos sentamos con las piernas abiertas uniendo los extremos de los pies en un hexágono. Las manos izquierdas se muestran hacia adelante, los dorsos suben y bajan.

-A-la-ma-ti-tá, -, decimos al ritmo de la frase.

Dos palmas quedan hacia arriba, la tercera mira abajo. Sale la gemela. Decidimos cambiar el juego.

-Cachipún ahora, a la tercera.

No se discute la nueva modalidad. La trilliza y yo escondemos los puños tras la cabeza y enunciamos, las tres juntas:

-Ca-chi-pún.

Las manos muestran tijera contra piedra (los dedos puntiagudos se golpean contra el puño): uno a cero.

-Ca-chi-pún.

Papel contra tijera (palma abierta, cortada por otros dedos): hay empate.

-Ca-chi-pún.

Papel ahora enfrentado al puño (la mano envuelve a la piedra): dos a una, pierdo yo.

-Ca-chi-pún, repetimos por última vez, desafiándonos con la vista.

Papel contra piedra otra vez y he perdido contra la trilliza.

La proclamamos madre, madrecita cachipún, la empujamos fuera de la cama y al caer se golpea las rodillas contra la madera. La gemela y yo volvemos a taparnos, protegiéndonos de la madrugada.

La trilliza se recoge sin extender su labio inferior en amenaza de llanto. Avanza hasta el ropero, alcanza las manillas y tira con fuerza. Cierta suciedad se espolvorea sobre su chasquilla, sobre la lengua sarrosa que nos muestra desde el otro extremo de la habitación. La polvareda se aquieta en el suelo y comienza la función.

Escoge el vestido negro a lunares, lo descuelga. Empinada sobre el último cajón abre el primero, revuelve, elige un par de medias con un punto corrido pero frenado a tiempo con esmalte carmesí. Las espectadoras aplaudimos desde la cama cuando ella se transforma en nuestro recuerdo, cuando crece sobre los tacones de aguja.

-Arriba, niñas remolonas -imposta con gracia-. Venid a ayudar a vuestra madre.

Obedecemos tras subir el marrueco de nuestros mamelucos y saltar de la cama. Nos ejercitamos, una a cada lado; le hacemos de muleta para que camine segura, trepada sobre los zapatos blancos de charol.

-Es hora de salir. ¿Estáis listas? ¿Os habéis lavado los dientes y el rostro con jabón?

-Sí, sí, -mentimos-. Sí, -repite ella también, traicionada por la ternura.

Nos tomamos de sus codos y salimos las tres por la puerta hacia el jardín. El rocío se ha alfombrado sobre el césped. La brisa matutina eriza nuestros vellos y nos endurece los pezones. Deseamos rascarnos, frotarnos el cuerpo.

-Madre, solicitamos permiso para soltar su mano.

-¿Qué sucede?, ¿qué os inquieta?

-La bestia ha desaparecido -digo con la mano extendida contra las cejas-, no está junto a la fuente.

-No la vemos entre las petunias -agrega la gemela enterrándose una uña en el ombligo.

-¡Vamos a buscarla!

Y la trilliza da un brinco, repentinamente olvidada del rol que le toca esta madrugada. Tropezando en la largura del vestido, sus tobillos se doblan y al caer rueda enrollada en el traje.

Nunca serás como ella, como nuestra madrecita, pensamos la gemela y yo sin desesperar. La golpeamos por embustera, por mala madre le tiramos las mechadas blancas de la nuca hasta que se lamenta de su fracaso. La hermana menor deberá volver a la casa, remendar el vestido de seda y cubrir los zapatos de betún, sacarles lustre con escobilla. Pero eso será más tarde.

Nuevamente hermanadas proseguimos la búsqueda que nos preocupa. Llamamos a nuestro animal extraviado, lo buscamos en la floresta.

-Beeestiaaaa, -le gritamos-, ¿por dónde paaastaa?

Nuestra bestia no muge, no da coces, ninguna pista para hallarla. Se camufla en la verdura del jardín.

-Aquí, aquí, -se fatiga gritando la trilliza penitente-. Bajo el follaje.

Doña Tortuga.

Me acerco corriendo. Me empino sobre su hombro, la gemela se asoma por sobre el mío. Las tres aplaudimos al descubrir los huevos blancos que ha puesto nuestra bestia.

-Es madre, es madre, -gritan excitadas la gemela y la trilliza. Yo también me entusiasmo repitiendo:- es madre, son los huevos de nuestro sueño.

-La bestia es madre -murmuramos entonces al unísono-, y no ha fallecido al parir.

Decimos esto verdaderamente sorprendidas, secretamente aliviadas. Tomamos un huevo, uno cada una, y lo entibiamos en nuestras manos. Comparamos las blancuras: la de calcio es grisácea, densa, incorruptible, pensamos; la de piel es de una palidez rosácea.

La gemela interrumpe nuestras ideas: me cede su huevo por un momento, corre tropezando, penetra la puerta de nuestro hogar y al rato vuelve cargada de frazadas que han alimentado polillas durante años. Arma un bulto sobre el pasto, otro y un tercero. Me arrebatada su huevo, lo pone en el nido de lana y se sienta cuidadosamente sobre él.

-Soy madre, -asegura, sacando pecho.

-No somos gallinas, pájara, pero vamos a empollar contigo a ver qué nos sale.

La trilliza y yo nos frotamos amorosamente la panza sentadas sobre lascolchas viejas, infinitamente zurcidas. La gemela comienza a reír; ríe y ríe hasta que se nos moja la entrepierna con la yema, con la clara de nuestros huevos quebrados.

Hemos despertado con mis gritos. Esta noche se ha repetido la película que solemos ver: nuestra madre nos mira con enormes ojos grises, con el mismo cabello blanco y ensortijado de la familia; nuestra madre luce bella hasta que abre la boca inmensa y chillaba como una recién nacida; nuestra madre no cesa de llorar, apreta la bolsa de agua hasta que quiebra los huevos y entonces derrama el contenido sobre su rostro. Eso es lo que he visto, lo que no necesito relatar cuando despierto. Abrimos los ojos, nuestras cejas se juntan sobre la nariz

cuando nos miramos en un silencio recíproco.

-¿A quién de nosotras toca hoy?, -carraspeo interrumpiendo.

Se nos olvida la mala noche e iniciamos el juego estrenado algunas mañanas atrás. Ma-ti-tá (palmas y dorsos), y luego ca-chi-pún (dedos en tijera, puños, manos como papel). La gemela gana esta vez. Que se levante, que se vista como madre. Nosotras, la trilliza y yo, nos besaremos los pechos, mordisquearemos nuestros pezones buscando desayuno. Aplaudiremos cuando la veamos convertida.

La gemela palmea y abrimos los ojos. Viste a lunares. Ha maquillado sus labios con el lápiz rojo y nosotras nos quejamos de hambre.

-Chicas, callaos la boca -imposta con dulzura-, es hora de salir a pasear.

Nosotras reímos entonces, abrigamos nuestra niñez con chalecos tejidos a mano, con calcetas de hilo y faldas de basta descosida. Nos peinamos las mechas con una peineta de falanges móviles, nos limpiamos la dentadura con los otros dedos y las encías con las uñas. Corremos hacia ella, tomamos sus manos y le escuchamos ordenar con una siutiquería cómplice, previamente acordada.

-Buscad, tugad. La señora Tortuga tiene para vosotras una nueva lección esta mañana. Se esconde. Le han quitado sus huevos la noche en que parió, tres niñas. Recordadla: habéis pintado su caparazón de colores para que no vuelva a extraviarse, para animarla después de la trágica pérdida.

Produce un pañuelo remendado y finge limpiarse la nariz. Nos secamos los ojos siempre secos de culpa y repetimos el lema aprendido al nacer: "Hemos roto la caparazón, hemos destrozado a nuestra madre".

Vamos golpeando el suelo con largos listones: Hemos roto la caparazón. Buscamos, tugamos a la bestia. Hemos destrozado a nuestra madre, dice nuestro canto. La sin huevos se nos ha extraviado. Corremos por el jardín en su busca, pisamos el delicado pétalo de las petunias amarillas, rompemos las ramas de la higuera contra el césped y las piedrecillas. La gemela nos sigue. Buscad, tugad, equilibrándose penosamente sobre los tacos de su autoridad.

Las agujas de los zapatos se le hunden en un charco, escuchamos su jadeo al caer de costado sobre la tierra. La miramos. Ha perdido su oportunidad, pienso, pensamos, pero le perdono yo la golpiza, y le perdona la tercera hermana. La próxima vez será mi turno; me estremezco de felicidad anticipando ese momento.

-En el follaje, -apunto, con la jerarquía traspuesta-. Allá, corred, debemos encontrarla.

Corremos hacia el montón de hojas bajo un tronco mocho. Escuchamos nuestro griterío; somos la tríada gritando frenética ante el encuentro con la Tortuga que yace acostada sobre su caparazón de colores, invertida, con el vientre abierto, hediondo y seco; nuestros ojos no se cierran frente a las hormigas, que corren hacia el corazón de la bestia envenenada por el óleo, que se devuelven hacia la tierra húmeda escurriéndose entre nuestros pies descalzos.

-Niñas.

Las despierto, enfundada en mi traje raído, de seda, a lunares. Esta mañana me he levantado antes que mis hermanas, sin cachipún ni ma-ti-ta ni azar alguno que decida entre las tres: es el turno de la primogénita, así lo hemos acordado la noche anterior.

Me maquillo con polvos, deslizo la barra colorada sobre los labios. Perforo mis orejas con las argollas doradas, imitación de oro, que usa nuestra madre en los retratos, pero pese

a mis esperanzas nada mana de los orificios. Me muerdo el labio para no quejarme, seco también el agüita que me corre por las mejillas y sorbo los mocos.

-¡Niñas!

Mis mellizas dejan de jugar bajo las sábanas y me miran. La saliva de la trilliza brilla en su puchero.

-¡Madre!, exclaman verdaderamente sorprendidas.

-¿Están limpias?, -pregunto sin recurrir al habla afectada de nuestra madre- Quiero decir, ¿estáis?

-Nos hemos lavado prolijamente esas partes-. Mienten que han lavado sus dientes también.

-¿Habéis sobado vuestros cuerpos con aceite en emulsión, estáis suaves, mis niñas? -pregunto mientras termino de encremarme y les ofrezco lo que queda de loción en el envase-. ¿Queréis salir?

-Sí, sí, -asienten.

-Les tengo una sorpresa-. Palpo dentro de la cartera el paquete que he encontrado por azar entre los desperdicios del ropero, envuelto en una bolsa.

-¡Sorpresa, sorpresa!

Nos encaminamos, la gemela a la izquierda, la trilliza a la derecha.

Al cruzar la puerta comienzo a sentir que se me tuercen las tripas, que metiran lo pelitos de esas partes. Me tomo el vientre plano con ambas manos y les pido a las niñas que me acompañen al jardín. Sudo tibio. Ellas me acompañan descalzas hasta llegar a la caparazón roja, azul, verde, que marca el sitio donde enterramos a la bestia pocos días atrás. Está sólo a unos pasos de donde yace nuestra madre, bajo una cruz de palitos que sus hijas aprovechamos de armar cuando cavamos el hoyo para las cáscaras de los huevos y para la tortuga.

Me tiendo sobre el césped húmedo. Abro la cartera; ellas abren los ojos hasta que aparecen pequeñas venas rojas en la órbita antes cubierta. Juntamos las manos sobre el libro con fotos y recortes de nuestra madre en los diarios.

-Oremos primero, -les digo, y me apreto el estómago.

Murmuramos un Madre nuestra, que estás... con la curiosidad puesta en cada página que se abre frente a nosotras. Ella: una niña disfrazada de mujer. Ella: en traje blanco de comunión. Ella: posando para la toma de su última película, con la bolsa de agua en la mano, con los huevos blancos dentro. Ella, de perfil, con una panza enorme y el rostro ajeno.

Los dolores se hacen intensos, en los cielos, madre nuestra..., me interrumpen con más fuerza. Dejo de orar porque no puedo hablar sino a gritos. Las agujetas no cesan, sólo se interrumpen para estrujarme por dentro. Mi vestido está mojado, el sudor me nubla la vista y no distingo a la gemela ni a la trilliza, sólo escucho el sonido quebradizo de las páginas del álbum en sus manos, y exclamaciones que se confunden con las mías.

Se contrae la piel bajo el borde de mi calzón. Levanto el ruedo del traje y separo las piernas. La brisa me alivia. Me apoyo en los codos y les ordeno que se acerquen más a mí, a Ella. Dejan el libro. Gatean, acercan sus cabezas al lugar que les señalo y me ayudan a quitarme los calzones. Con los dedos separo los pliegues de piel que palpitan. La gemela comienza a llorar y la trilliza ríe. Eres Ella, piensan antes de desaparecer entre mis muslos.

-Pujad.

Sus cabezas se apoyan en mí.

-Pujad más fuerte, con más ganas.

Apreto los ojos. Nuestra madre me mira con su rostro fotográfico, a contraluz en la oscuridad de los párpados, y comienza a moverse en la pantalla de nuestra memoria, ofreciéndome, nos, esos tres huevos intactos que saca de la bolsa, y ofrece también un cuchillo y algo le escucho decir, le escuchamos impostar una voz húmeda, de película, pero su voz se extingue, el volumen se aquieta lejano.

-Pujad. ¡Empujen!

Nos esmeramos, los cráneos se abren paso y siento el roce de nuestros cabellos en el borde que se ensancha, que se raja, aunque no lo suficiente.

Y nuestra madre insiste en gritos inaudibles y yo digo, decimos, tú, Ella, nosotras, mientras nos parece que lloramos aunque sin pesar, porque aún no conocemos la tristeza. Es sólo una emoción intensa, que se abre paso, que se quiebra, que se derrama como huevos contra la pantalla de un televisor.